

Profesores: J. Carvajal, encargado de Cátedra.
A. Fernández Alba, ayudante de Cátedra.
D. Fullaondo, profesor adjunto.
G. Castro, profesor adjunto.

Un año más.

Otro nuevo grupo de futuros arquitectos ha terminado su segundo curso de la carrera.

Ante ellos, un año menos para alcanzar el objetivo de su plenitud profesional.

Ante nosotros, un motivo más de inquietud, de satisfacción y de meditación.

Inquietud de nuestra propia responsabilidad, satisfacción de los resultados conseguidos en los mejores, y meditación frente a la evidencia de una clara evolución, que está operando en nuestra joven generación.

Su innegable seriedad y dedicación—cierta, frente a cuanto puedan seguir repitiendo voces plañideras de tiempos mejores—exige, de quienes vocacionalmente hemos querido dedicarnos a la tarea docente, una paralela dedicación y seriedad.

En nuestra meditación, nuestra Escuela se nos aparece constitutivamente—con sus defectos y deficiencias, superables y sin duda condicionadas por la crisis de crecimiento y madurez que el país está atravesando—como el más idóneo motor, como el instrumento más adecuado y trascendente para la renovación y perfeccionamiento de nuestra Arquitectura.

Frente a quienes denostan de las Escuelas, como inoperantes y retardatarias, nosotros queremos poner de manifiesto los resultados que año tras año estamos recogiendo.

Frente a quienes ensalzan y ponderan la formación extraescolar y el autodidactismo, nuestra fe—y también nuestra evidencia—en los frutos de la formación ordenada, la información y el consejo.

Quienes curso tras curso vemos pasar por nuestras aulas las nuevas promociones, tenemos la certeza—que no tienen quienes no conocen íntimamente

a las generaciones jóvenes—de asistir a una eclosión de magníficos profesionales, que ya desde ahora, sobre el papel, están dando vida latente a la arquitectura de un mañana inmediatamente próximo.

Nuestra actitud se funda en esta evidencia, y por ello nos rebelamos contra la demagogia de quienes rechazan el valor formativo de la disciplina, el ascetismo y el esfuerzo; como quien se rebela contra algo letal, profundamente desintegrador y antipedagógico.

Solamente del esfuerzo disciplinario, documentado y ordenado de los años de formación, puede nacer la potente energía de la creación libre y personal de los años de madurez.

Porque hemos renunciado a toda demagogia, desde el momento mismo en que aceptamos la responsabilidad de nuestra misión docente, queremos afirmar que no es lícito enfrentar a las generaciones, como portadoras de inquietudes distintas o ideales antagónicos; creemos firmemente en la necesaria colaboración e identificación entre profesores y alumnos, diferenciados en sus funciones y responsabilidades, pero íntegramente unidos en su voluntad de servicio común a la sociedad a que pertenecen y a la expresión del mundo que intentan configurar.

La batalla por reestructurar y mejorar nuestra sociedad no es batalla de unos o de otros, sino ideal de comunidad, ni es cosa fácil y a corto plazo, sino consecuencia de esfuerzo perseverante. Tenemos, desde nuestra perspectiva, la casi evidencia de que los resultados que desde años perseguimos, no serán nuestros triunfos, sino los de aquellos que han de venir detrás de nosotros.

Y aun cuando los impacientes, que quisieran ver la evolución concluida y las metas alcanzadas—como si existiera meta humana para el hambre y la sed de justicia—nos digan que nuestro tiempo es tiempo de urgencias, lo cual es realmente cierto, también lo es que nuestro tiempo es tiempo de eficacias, y frente a la urgencia improvisadora, preferimos la eficacia que nace del estudio y del conocimiento.

La Escuela no es, en forma alguna—y lo decimos por tantos que quisieran reducir la duración de sus enseñanzas al compás de sus impacencias—ese mal necesario que tantas veces se quiere presentar al desconocimiento de muchos por la soberbia de unos pocos, destinado tan sólo a otorgar títulos, que de por sí a nada capacitan, o ennegreciendo aún más las tintas, a poner trabas para dificultar su logro.

Se dice que el país, en su fase actual, precisa de más técnicos para su desarrollo—tal vez también de más arquitectos—, pero no se dice, por considerarse obvio, que esos técnicos deben ser plenamente competentes, competencia que no se alcanza ciertamente en años de estudio cada vez más limitados, sino en la idoneidad de unos conocimientos cada vez más profundos y exigentes, y precisamente porque las Escuelas no son mero trámite burocrático en la expedición de un título seguimos esa tendencia minimizadora de la enseñanza con profunda inquietud.

Las Escuelas, indudablemente, deben abrirse a cuantos vocacionalmente quieran llegar a ellas, pero la justicia innegable de ofrecer a todos iguales oportunidades no puede empañarse, en perjuicio de la sociedad a la que se intenta servir, con la demagogia de no exigir a todos un común esfuerzo en la capacitación de su futuro, o en la responsabilidad de su presente. A los alumnos en su trabajo y en su rendimiento, a los profesores en su competencia y en su entrega.